

Antonio Pagés Larraya

Luis Durand, escritor viviente



HILE —sus gentes, paisajes, costumbres, esencias y mitos— fué el motivo único, desarrollado con variadísimos registros por Luis Durand, uno de los narradores hispanoamericanos más vigorosos de este siglo. Su país, cuyo meollo auténtico procuró intuir tras las apariencias de la corteza, constituyó, a través de 25 años de ininterrumpida labor, el gran tema de todos sus libros. Durand no fué sólo un creador auténtico, sino un hombre íntegro, un amigo leal; careció de pose y de las vanidades y afectaciones que suelen deformar al escritor. Por todos estos motivos su muerte, acontecida a fines del año anterior, sumió en duelo a las letras chilenas. En las páginas bellas y numerosas consagradas a su recuerdo no hay vano compungimiento ni retórica de necrología. La revista *Atenea*, que Durand dirigió durante varios años, acaba de consagrarle un nutrido volumen de homenaje con estudios de quienes fueron sus compañeros y amigos; esas colaboraciones dan el “tono” de los sentimientos que ha dejado su muerte. A través de ellas no se siente su ausencia como definitiva, pues ni siquiera falta —lo que hubiese complacido a su temperamento franco— la censura a sus limitaciones de escritor. Ahora la Universidad de Concepción abre un certamen de ensayos que acentuará la condición polémica, militante de sus libros. Ha callado su voz de hombre, pero en ellos quedan para siempre sus huasos socarrones,

sus muchachas lozanas, sus niños y sus viejos, campesinos y rotos, patrones e inquilinos, que por él hablaron y a los que su pluma dió relieve en tanta página hermosa. Luis Durand ha muerto como criatura humana, pero el mundo de su obra se yergue viviente.

Durand no siguió los estadios habituales de la carrera literaria, desde la búsqueda ansiosa hasta el hallazgo de un estilo propio. En 1929, a los 34 años, publicó *Tierra de Pellines*, su primer volumen de cuentos, y en ese libro que tiene ya la *impronta* de la madurez figura "La picada", relato ya clásico en las letras chilenas. ¿Cuál había sido su existencia hasta entonces? Años de Traiguén, el pedazo más querido de su patria donde ahora duerme para siempre por su propio deseo; húmedos, ondulados, verdes campos de la Frontera, vistos a través de todas las estaciones y todas las horas, caminados, sentidos desde dentro. Luego unos cursos de humanidades en el Instituto Nacional de Santiago y el retorno. Otra vez la eglógica libertad rural, las ásperas faenas, el olor de los árboles y los frutos, las riñas, fiestas, amores y jaranas y las opíparas pitanzas que describirá en sus novelas con fruición rabelaisiana. Administrador o tenedor de libros en los grandes fundos del sur, se compenetró hasta en lo más íntimo del vivir campesino. Ahondó en los sentimientos de su pueblo y conformó su alma de hombre de la tierra. ¡Campos de Quechereguas, que después llamará su "paraíso perdido" y cuya evocación encariñadamente fiel le dictará tantos capítulos inolvidables! Durand se descubrió escritor a través de las largas cartas en las que comunicaba sus visiones de esas comarcas y, sobre todo, a través de otra prueba: contaba a las noches, al arrimo del fuego, historias reales o ficticias. Siempre aparecía en ellas Juan Inquilino, personaje multánime al que Durand dió trascendencia de símbolo. Los peones escuchaban absortos sus relatos, mezcla de reconocimiento y de maravilla al ver transmutados su vida cotidiana, sus penas, sus alegrías, sus azares, supersticiones y mañas, en materia artística. Con esa autorrevelación confortadora aceptó un modesto empleo en las oficinas de correo de Santiago. Vinieron las primeras colaboraciones, y *Tierra de Pellines*. Ricardo Latcham, crítico de estricta imparcialidad, prologó el libro

con un juicio consagratorio y augurios que la carrera del escritor iba a confirmar.

Durand había encontrado una veta opulenta. La imaginación del artista se confunde con los recuerdos del hombre, y en la aptitud para revelar ese ámbito a la vez lozano e inconfundible, descubre su don más evidente. No añora nostálgicamente las montañas, los cielos, los hombres, los frutos. Parece modelarlos como realidades plásticas, palpitantes, cercanas, de las que no quiere dejar inexpresado ni un matiz, todo lo cual da a su estilo esa exuberancia tan personal y tan americana que el crítico Eleazar Huerta califica con acierto de "copiosidad barroca".

A *Tierra de Pellines* siguieron otros volúmenes de cuentos: *Campesinos*, *Cielos del Sur*, *Mi amigo Pidén*, *Casa de la infancia* y *Siete cuentos* —una antología de los anteriores.— La necesidad de abarcar cuadros más vastos y una propensión innata hacia el *roman fleuve* lo condujeron espontáneamente a la novela. En ese género arduo que al comienzo se le resistió y en el que nunca conseguiría el equilibrio de composición que tienen sus cuentos, logró su obra principal y mayor: *Frontera*. Antes había publicado *Mercedes Urizar*, *Piedra que rueda*, *El primer hijo* y *La noche en el camino*, todas las cuales son modestos antecedentes de aquélla. La bibliografía de Durand se completa con *Gente de mi tiempo*, libro de memorias que seduce por su sencillez, y dos libros de ensayos: *Presencia de Chile* (1) y *Alma y cuerpo de Chile*, cuyos títulos enuncian el fervor nacional que nutre a toda su obra.

Algunos de los relatos de Durand —"Vino tinto", "El pato", "La picada", "El triunfo del cenizo"— y sobre todo *Frontera*, su gran novela, cuentan ya entre lo más auténtico y memorable de la narrativa hispanoamericana. Alienta en *Frontera* ese empuje de tierra virgen, ese latido original que reconocemos en *La vorágine*, *Doña Bárbara*, *Tierra purpúrea*, los cuentos de Quiroga, *El mundo es ancho y ajeno*.

(1) El autor de esta nota se ocupó de este libro en el *Boletín del Instituto de Cultura Latinoamericana* (año VII, N.º 38, págs. 393-395), artículo que fué reproducido por "La Nación" de Santiago (26 de junio de 1943).

En conflicto con obras sin acento propio, insinceras asimilaciones de la última moda literaria, estos libros arrancan de la tierra y del hombre; su originalidad y su fuerza brotan de las vertientes frescas de lo popular.

Antonio Machado, a través de Juan de Mairena, decía sobre la literatura española algo que puede aplicarse a la hispanoamericana: “En nuestras letras todo lo que no es folklore es pedantería”. Claro que no se refería al cientificismo de los “doctores en folklore”, a menudo tan fríos en sus indagaciones, sino a la transfiguración artística de lo que el pueblo sabe, piensa, siente y expresa. Esa manera de mirar a América en su elementalidad pujante es lo que hace bella y singular a *Frontera*. No hay en esa obra nada que recuerde al criollismo desvaído o al costumbrismo superficial del posromanticismo. Durand, como Gallegos, como Rivera, como Quiroga, de quien fué amigo y con quien mantuvo asidua correspondencia, penetra en zonas distintas: las entrañables del sabor, del tono y de las motivaciones profundas de los personajes.

Durand es un escritor abundante, de una riqueza tan expresiva que se justifica que Luis Alberto Sánchez lo compare con Sarmiento por esa facilidad innata. No se limita a la nota colorista ni al simple apunte del contorno. Aún su transcripción de la naturaleza y de los objetos que, por lo sensual de su cromatismo ha sido equiparada a la técnica pictórica del “bodegón”, está en función de seres con subido tono propio —patrones feudales, huasos, indios, chinas— y de sentimientos, pasiones y misterios del mundo no enumerable que conforma su obra. Dos rasgos son muy acentuados en ella: la picardía retozona y la nota instintiva, desde la desenvoltura pánica para describir la vida carnal o el frenesí y el bullicio de las fiestas, hasta la minuciosidad fruitiva con que habla del aliño de las sabrosas comidas chilenas. Tonalidades, olores, sabores, todo lo que entra por los sentidos, está captado vigorosamente en sus obras, especialmente en *Frontera*, donde ese don se manifiesta con rotundidad.

Frontera es un canto a la euforia vital, a la alegría de existir. El observador enamorado está muy por encima del psicólogo. No

analiza extraños complejos ni desarrolla grandes ideas. Durand confesaba sentir por las ideas temor y respeto, "algo de ese respeto que nos impide acercarnos a un colmenar donde están las abejas laboriosas con su aguijón". Hay en él en cambio un artista deslumbrante, con esa capacidad de magia, de comunicación y de poesía que seduce en los grandes creadores. En *Frontera*, por lo demás, la materia del relato se funde con la expresión y el conjunto alcanza un perfil inconfundible, y ese grado de extraña autenticidad que permite insinuar la existencia de un estilo novelesco americano. Acontece en la región de la antigua Araucanía, en el límite de blancos y mapuches, donde imperaba la voluntad feudal de Anselmo Mendoza, personaje ya incorporado a la galería de las criaturas inolvidables de nuestra novela. Cruelles luchas de sangre, violaciones, asaltos, ritos extraños, miserias y heroísmos se entrecruzan en las historias de este libro, que acaba por asumir cierto aire bárbaro, cierta violencia desbordada que empuja a hechos nuevos, originales, únicamente posibles allí y en ninguna otra parte. Los reclamos de la naturaleza, de la furia animal, del medio cruel y de los instintos irrefrenados se desenvuelve con un aliento épico y con una deslumbrante vibración lírica.

Sin lanzarse a lo polémico ni a lo propagandístico, Durand señala las injusticias que pesan sobre huasos e inquilinos. ¡Qué distantes y distintos estos bárbaros frescos de los idilios románticos o del regionalismo meramente costumbrista! Durand siente como propias las congojas de los humildes y señala la desdichada contradicción entre la naturaleza opulenta y el hombre miserable. Este escritor que lloró en la plaza de Traiguén el día que le robaron sus tierras a los indios, que sentía a las bestias, a los árboles, al viento y a los hombres como fuerzas de una misma realidad violenta y arrebatada, miró al hombre y a la tierra frente a frente, gozando al descubrirlos de nuevo.

Durand era miope. Detrás de unos vidrios muy gruesos se vislumbraba apenas el guiño travieso de sus ojos. Era además, gordo y de maneras suaves, lentas. Todo él estaba envuelto en un aire de ensimismamiento. Viéndolo, nada hacía pensar en el escritor ena-

morado de las vidas ásperas, de la existencia a cielo abierto. Sin embargo, ese contraste se acentuaba más por la índole misma de sus tareas en Santiago como periodista y director de una revista literaria. Los grandes cariños se robustecen con la separación. Lejos de sus gentes y de sus horizontes amados, éstos resurgían con una luz nueva, penetrada de nostalgia y de profunda poesía.

Se llamaba Durand Dupont.—doble ascendencia francesa— y mientras otros escritores de raigambre criolla seguían deslumbrados, en una hora de escepticismo ficticios y de angustias más o menos sofisticadas, la moda de importación él no hizo nunca libros de libros. Espíritu muy culto, de abundantísimas lecturas, prefirió los “alimentos terrestres”. Tenía bastante lozanía e instinto de creador para resignarse al *pastiche*, por bien urdido que estuviese.

Directo, jocundo, Durand escribía a borbotones, con evidente goce vital. Y en el habla espontánea del pueblo, que trasladaba a plano artístico, descubría un color nuevo, un íntimo lirismo, una insinuada ironía. Escuchaba y miraba de cerca a los demás hombres, y llegó así a penetrar hondamente su sentido del mundo, sus zonas veladas. Contó esas vidas enmarcándolas en el escenario espléndido de sus andanzas. Escritor recio, ilimitado, trabajó con entusiasmo. Vivió para su obra y su obra lo sobrevive.

Buenos Aires, 19 de marzo de 1955.